PEREDA EN EL GÉNERO EPISTOLAR

Mi intento es reunir aquí, o más bien, citar y recordar, lo más saliente y curioso que en materia de epístolas nos ofrecen las obras de Pereda, y entresacar, después, de algunas docenas de cartas particulares suyas, cuyo original o cuya copia ha pasado por mi mano, párrafos o rasgos por uno u otro concepto interesantes; y todo ello con la brevedad posible.

La narración autobiográfica en la novela, muy gustosa y agradable manejada por un escritor de garbo y talento, suele tener el inconveniente de desfigurar algún tanto el carácter, o las dotes intelectuales del personaje a quien se atribuye. En este pasaje—piensa el lector más de cuatro veces—no habla el relatante por su cuenta, sino el autor mismo, que le ha tomado la pluma, y ya no se acuerda de él, y está despachándose a su gusto. Bien, muy bien va el lance conmovedor que aquí se nos refiere; mas los antecedentes que de su persona, de sus hábitos, de sus estudios y aficiones nos ha expueso el narrador, no se compaginan del todo con esta rara y envidiable habilidad de expresion, ni con esta sutil ingeniosidad o con este discurrir tan aplomado y sensato. Pienso que no sería difícil a un crítico avisado señalar esta mácula en *Pedro Sánchez* y en *Peñas Arriba,* y muy fácil en *La Montálvez,* donde alternan en la narración Pereda y ciertos "Apuntes" de la pecadora protagonista.

Por aquí, a mi entender, flaquean en *Nubes de Estío* las dos sabrosas y pulidas cartas de Nino Casa-Gutiérrez a un su amigo. Aquel "distinguido vagabundo", despierto por naturaleza, pero sin afición alguna al estudio, estragado por los vicios y atento sólo a "darse la gran vida", confiesa que "jamás despuntó por hábil en el manejo de la pluma"; y para probarlo, nos

pone delante de los ojos dos extensas y gallardas epístolas, que pueden graduarle de maestro, y en las cuales, además, se muestra tal vez demasiado atinado y juicioso estimador, por no decir despreciador, de sí mismo, de su familia y hasta de las farsas y ridiculeces de "su mundo".

Menos literarias y limadas quizá, pero mejor adaptadas a la preceptiva del género, más ligeras, más familiares y mucho más de acuerdo con la idea que nos forjamos de sus aútores por lo que hablan y ejecutan en la obra, se me figuran las tres amenas y dilatadas cartas contenidas en *Al primer vuelo*. Don Claudio Fuertes y León, el simpático comandante retirado y noble amigo y fiel administrador del rico y campechano Bermúdez Peleches, cumpliendo un encargo de éste, traza y le envía a Sevilla una animada pintura de "Villavieja en su estado actual, mirada por fuera y por dentro", sin echar mano de perfiles retóricos, que no hubieran venido muy al caso, y sin ningún rebuscamiento, sino con discreción y muy grata naturalidad y llaneza y buen arte. Dentro de su papel está igualmente Nieves, la alegre, sincera y animosa sevillanita, escribiendo a su amiga Virtudes; y no se aparta sino momentánea y levemente de la bendita sencillez y familiaridad; por ejemplo, cuando dice: "Por supuesto que a tí que te espanta la soledad, y te entristece el ruído de las arboledas, y te hechiza el de la calle, y te embriaga el vaho de los salones...", que, para carta amistosa e íntima de una muchacha, se me figura demasiado pulimento de frase. (Una minucia curiosa en que ahora he reparado: por una pícara casualidad, que de seguro se le pasó inadvertida a Pereda, firma Nieves su misiva el 5 de agosto, el día de su santo precisamente, cuando es de suponer que no le faltaran visitas y agasajos; y no se acuerda de semejante cosa, sino, al contrario, como quien dispone de todo el tiempo, resuelve dedicar a Virtudes "la mañana entera, y aun la tarde, si fuere menester"). Y por último, el modestísimo Leto, bueno como el pan, casi tan bueno como su padre, que es la bondad misma, y sano y robusto de alma y cuerpo, pese a ciertas apariencias engañosas que le daban no sé qué tinte de bigardón y despreocupado, se retrata por dentro, sin pretenderlo, a las mil maravillas, con sus "carapes" y todo, en la ingenua epís-

tola confidencial que endereza a su generoso amigo de Liverpool, " el inglés de la mina", que al ausentarse de Villavieja, le hizo donación de su precioso balandro.

En el primer capítulo de *Peñas Arriba* se transcribe en gran parte una de las cartas que el admirable patriarca don Celso enviaba a Madrid a su sobrino Marcelo, "escritas con mano torpe, pluma de ave, tinta rancia, letras gordas y anticuada ortografía, en papel de barbas comprado en el estanquillo del lugar", como nos cuenta Pereda en cláusulas de puro sabor cervantesco. El achacoso y abnegado viejo empieza a mostrarnos ya el oro de ley de su espíritu penetrante y selecto, que se esconde bajo la corteza montuna; y tiene rasgos deliciosos en su decir desenfadado y salpimentado a lo mejor de graciosa rustiquez. Como éste: "Ya me dan anseo las cuestas arriba con sólo mirarlas, y la mano que ayer venteaba gustosa el apero o el hacha con que yo me entretenía en la tierra de labor o en la espesura del monte, hoy me pide el paluco del tullido, como el puntal de sostén el jastial resquebrajado; y lo que es peor que todo ello, que el ánimo va cantando al son de la osamenta que se descuajaringa y no puede ya con el pellejo." O como este otro, en que se refiere a dos sobrinazos segundos suyos, haraganes y viciosos de muy mala calaña: "Hace no mucho tiempo bajaron de su pueblo a pedirme *algo*, a tales horas y en tales términos, que tuve que darles "el Dios vos ampare" con la escopeta echada a la cara."

Voy a trasladar ahora íntegramente, no sólo porque es breve, sino por lo bien que encaja en la manera de producirse un señor montañés de los que había en estos valles poco más de medio siglo atrás, aunque es claro que el asunto no ofrecía la menor dificultad para el egregio novelista y sutil observador de Polanco, la carta que en *Don Gonzalo González de la Gonzalera* pone un día Alvaro, el apuesto galán de Magdalena, en manos del noble caballero Pérez de la Llosía, tan pronto como se apea de su caballo en la corralada de la casona de Coteruco. Dice así:

"Mi amigo y señor: Inveterados achaques tiénenme, por mal de mis pecados, prisionero en esta su casa ha ya largos días; y como éstos siguen corriendo sin que Dios sea servido darme la libertad con el alivio, resuélvome a decirle a usted por escrito

lo que juzgo más digno de ser tratado de palabra; pero ni el asunto es de los que se prestan a largas treguas, ni a más que las vencidas se avienen las naturales impaciencias del dador de la presente carta, que lo será, Dios mediante, mi hijo don Alvaro.

"Hame confiado éste su decidida y bien meditada inclinación hacia su señora hija de usted, la cual conoce sus sentimientos, y, por lo visto, no los desdeña. Por lo que a mí respecta, bendigo a Dios que se ha servido conducir el afecto de mi hijo hacia prenda de tan alto valor; y pues que en obtenerla estriba su felicidad, dejando siempre a salvo las particulares miras de usted, me atrevo a pedirle la mano de doña Magdalena para el citado don Alvaro, a quien por honrado, discreto y buen cristiano, fío yo con cuanto valgo y soy.

"Interin tengo la altísima honra de reiterar a usted verbalmente petición tan mal escrita, sírvase dar a ésta la solemnidad que el valor del caso reclama, y contarme, como siempre, por su mejor amigo y S. S. Q. S. M. B. *Lázaro de la Gerra* "

Todo está aquí en su punto, hasta el pormenor de anteponer el "don" a los jóvenes Alvaro y Magdalena, a la antigua usanza española entre hidalgos, no perdida del todo en la Montaña en la época a que se refiere la intencionada y pintoresca novela.

"Verdadero héroe y rueda principal" de ella es el redomadísimo "pardillo" Patricio Rigüelta, en opinión de Menéndez y Pelayo, que le califica de "creación singular", y pondera "la excelencia satánica de su carácter, tan complicado, tan difícil y de tan paciente estudio." No hay escritos de Patricio en *Don Gonzalo;* pero, diez años antes, cuando no era todavía lo "fino" y marrullero que llegó a ser, aparece su firma al pie de tres saladísimos "comunicados" o "correspondencias" que vieron la luz en *El Tío Cayetano,* periódico político santanderino de muy culta sátira, del cual fué alma Pereda en los últimos meses de 1868 y en la primera mitad del 69; y aunque acuchillado y muerto por el feroz Polinar, aún, mucho tiempo después, se dió el muy tuno y "pegotón" arte para introducirse y regodearse a su gusto en aquel ágape con que el inolvidable don Sinforoso Quintanilla (el famoso Fabio López de *Nubes de Estío*) obsequió a sus amigos el domingo de Carnaval de 1882; como consta en

la sabrosísima carta que el mismo Patricio envió luego a Gildo, "el Letrado", su hijo, regocijado documento que incluyó Pereda en el último tomo de la edición de sus "Obras Completas". La relación que hace el pardillo de aquel convite, o *Te masqué,* "como paece—dice—que se llaman entre los currutacos de ahora estos festines noturnos, bien séase por acontecer en días de máscara o carátula pública, bien porque así lo estipulen extranjeros pudientes, que son los que dan el punto a estas cosas, y paece ser que lo entienden", no puede ser más delictosa; y eso que la generalidad de los lectores, todos los que no conocieron personalmente al anfitrión y a sus comensales, no llegarán a apreciar bien lo chispeante de algunas alusiones. Puesto a citar trozos chistosos, no sabría yo cuál elegir. Escojo al buen tuntún dos, como muestra. "Si me preguntas el ditamen de mi paecer al asomar de plonto en la sala del agasajo, no te le sabré dar; porque lo que yo sentí entonces (y ya sabes que soy hombre sereno) fué a modo de una gofetá que me atolondró; sin que pueda yo decirte si esta gofetá fué de mano de la luz, de la del visual de la mesa escripía de vidrio, u del vocear del señorío presente, porque too ello junto lo tragué de súpito y cuando menos lo esperaba."—"Pus relative al manjar, has de saberte que me paició mejor que las coplas, aunque, en punto a sustancia, no tuvo comparanza con aquello de la becerra, de que te alcordarás. Pero no sólo de tajás y picardías vive el hombre, sino tamién de un buen roce personal, vistosidá de los ojos y recreo del magín, relative a lo que hubo ración a manta en la ocasión que te pinto; quiero decir en lo tocante a gentes de viso, relumbre de mesa, floriqueteo pomposo y leturas manífiças. Ello, sí, bien emponderao fué de unos y otros cada sorbo y cada bocao; tanto, que yo dije para mí, sin agravio de naide: "No sé yo, qué quedara de esas emponderaciones, si el sujeto vos pidiera el tanto más cuanto al respetive de lo que habéis envasao".

Llena de superior gracejo está también, en *Tipos trashumantes,* la carta de aquella otra buena pieza de Crispín de la Puntera, zapatero de Madrid, a su "más querida esposa Carmelita y amadísima hija Ofelia", dos cursis rematadas, que veraneaban en Santander y desde que llegaron aquí, como no podía menos, intimaron con "las de doña Calixta", antiguas conoci-

das de los lectores de *Tipos y Paisajes*. El estilo de Crispín está muy bien copiado del natural, así como sus barbarismos del interior de Castilla, algo diferentes de los que corren en la Montaña: "diquiá dos semanas", "sus diré", "devertisius"... Después de las grandezas y maravillas que de su posición social y de su vida en la corte cuentan Ofelia y su madre a la familia de doña Calixta, saben a gloria las cosas que nos descubre el aprovechado zapatero. "Esto me alcuerda que ya van cinco veranos que veraneáis en esa, sin el menor apego de *indiano,* como sus figurestes. Con un par de negocios como el del Hospicio, sacabo la tela, y, como el otro que dice, el veraneo de moda. Mucho sus quiero, pero no sé si podréis ripitir. Venisius pronto, que ya me hacéis falta para el ribeteo de fino; alcordarvos de que pierdo dinero pagando, más de mes y medio, oficialas que hagan vuestra labor."

Muy pocas muestras más del género epistolar, y todas de menos importancia que las citadas, hallaremos en los libros de Pereda. No queden sin mención, entre esas pocas, la muy notable que el mayorazgo Seturas, de la novelita *Suum cuique,* que forma parte de las *Escenas Montañesas,* enjaretó a cierto personaje cuyo nombre vió un día en la *Gaceta* y le sonó a muy conocido, para que le dijera, "a vuelta de correo", si era o no ("si *eres tú* o no *es usted*") un Fulano de Tal "que estudió con él latín en la villa, y que, por más señas, le quedó debiendo dos reales y medio y unos tirantes de goma"; ni tampoco los dos modelos, muy expresivos, de correspondencia mercantil, antigua y moderna, que se leen en *Tipos y Paisajes,* en el bosquejo intitulado *Dos sistemas.*

Y con esto, paso ya a la segunda parte del presente trabajo.

Campean tan a la vista de todos en la producción literaria de Pereda, junto a las privilegiadas dotes de su ingenio, vigoroso y original, agudo, gallardo y castizo, las altas y nobles prendas de su alma, su amable sencillez y llaneza, su sinceridad varonil, su firme rectitud, su cristiana y afectuosa bondad, que poco o nada nuevo podrán añadir en orden al mayor y más exacto conocimiento de su persona las efusiones y desahogos de sus cartas particulares, porque tan a lo vivo y tan sin dobleces ni veladuras se mostraba en sus esbozos y novelas, como

en la conversación y trato con sus amigos. Dijo bien el docto y juicioso crítico Boris de Tannenberg: "Lorsq'on a eu l'heureuse fortune d'approcher Pereda, on sait jusqu'á quel point l'accord est parfait chez lui entre l'homme et l'écrivain." (1)

Siempre interesan, con todo eso, en la vida de los literatos, no ya ilustres, sino aventajados y señalados entre los ilustres, hasa sus dichos y hechos de poca monta. Y, por otra parte, como ya de antemano se dará por supuesto, son dulce recreo del ánimo los ocurrentes comentarios y las bizarrías de lenguaje que aun en los escritos familiares y no destinados al público fluían a lo mejor de la pluma del admirable prosista santanderino.

Don Domingo Cuevas era un excelente caballero comillano, primo carnal de Pereda, de poca más edad que él y muy su amigo desde niño. Le sobrevivió año y medio. Conservo grato recuerdo de sus bondades y atenciones y de su conversación amena, aunque le traté poco y le conocí ya muy viejo. Ya sexagenario, o muy próximo a serlo, porque esto acontecía en el otoño de 1889, viose "atacado del mal del *plumeo*, que nunca sintió de joven", y empezó a componer y publicar de tiempo en tiempo unos cuadritos de costumbres "en neto castellano, destrabado y sencillo, sin pizca de violencia ni asomo de afectaciones ni de arcaísmos", con no pequeña sorpresa de su glorioso pariente, cuyas son las palabras entrecomadas. "Mientras yo, en Polanco, (le escribía a Comillas desde Santander el 27 de octubre del año dicho) te suponía esperando a que escampara para hacernos la prometida visita en compañía de Pepe García, o a lo sumo *madurando* el catarro entre mantas, ha resultado que estabas dándote a la péñola para relatar con ella algo de lo mucho que tan a lo vivo nos has pintado de palabra. Y en verdad, en verdad te declaro, oh Mingo de los demonios, que me has dejado sorprendido con el ensayo. Es de oro el *santuco* ese que has pintado en *La Epoca* y el *Boletín* ha reproducido ayer. No parece la obra de un pintor que se estrena; porque está compuesta con gran arte y soberanamente escrita".

Pocos días después de la muerte de su deudo queridísimo,

---

(1) "L'Espagne Littéraire". Portraits d'hier et d'aujourd'hui. Premiére série. (1903) Pág. 297.

me prestó Cuevas la carta a que el párrafo transcrito pertenece, y otras muchas, no sé si todas las que guardaba de las que le había ido escribiendo don José María. Quedéme con copia íntegra de algunas de ellas y de uno o más fragmentos de casi todas las restantes. Ocupa este traslado cuarenta y dos cuartillas de menudísima letra. Con sólo espigar en él y comentarlo, aclararlo o explicarlo, aun prescindiendo de lo muy íntimo y casero, podría alargar desmesuradamente este artículo; y eso que la colección, salvo una excepción curiosa de que luego hablaré, no abarca más que desde 1888 hasta 1905. Pero faltaría a mi propósito y robaría el espacio que piden otras muchas cartas peredianas que conozco, dirigidas a diferentes personas.

Una sola carta de la juventud de Pereda he visto. La hallé en el legajo de Cuevas. Bien pocas serán las de aquel tiempo que no hayan desaparecido. ¿Ni a quién le causará admiración, si entre los cientos de preciadísimas reliquias epistolares del Serafín del Carmelo, las más antiguas datan de cuando ya la Santa tenía mucho más que mediada su maravillosa peregrinación terrenal? Por dicha, la carta a que me refiero no es del Pereda de veinticinco a treinta años, escritor ya formado, asiduo colaborador de *La Abeja Montañesa,* prologuista de las *Poesías* de Camporredondo y autor de gran parte de las *Escenas*, sino del Pereda muchacho, del Pereda estudiante, que se distraía en la corte asistiendo a los teatros y al café de *La Esmeralda* y aplicándose a la lectura de novelas mucho más que al estudio del Algebra, a la demostración del teorema de Sturm, "que es la materia más desabrida que yo conozco" (palabras textuales suyas que constan en *La Montálvez*). Desde Madrid, pues, escribía el joven José María a su primo Domingo, el 9 de diciembre de 1853, el siguiene parrafejo, donde asoman ya unos perfiles de elocución tan característicos de él, que, con ser yo menos que mediano catador de estilos, me hubieran bastado para adivinar de buenas a primeras su paternidad:

"Ay, Mingo, preciso es que te confiese que aquí, cuando por fas cuando por nefas, siempre hay alicientes que arrastran a uno en pos de la corte, y que al fin y postre llega uno a mirarla con demasiado apego, y llegará día en que se sienta trocar por la pluviosa e insípida Montaña; si bien para remedio de males

y para compensación de la voluble humanidad que lo experimente, estará cuando menos la familia que le espera, y atrae más que todos los placeres cortesanos."

¿No es bueno que el futuro autor del deleitosísimo *Sabor de la Tierruca,* se atreviera—de chico, es cierto, y en el seno de la amistad, pero ya tullidito, ya mocetón de veinte años— a calificar de *insípida* a la Montaña?... ¡"Pereda, el más montañés de todos los montañeses, identificado con la tierra natal, de la cual no se aparta un punto, y de cuyo contacto recibe fuerzas, como el Anteo de la fábula"!, según la solemne y precisa proclamación del insuperable Maestro santanderino. Claro que no hay para qué dar importancia ninguna al caso; pero no puede negarse que es curiosísimo.

Sin serlo en tanto grado para mí, hallé otras muchas cosas de interés en la correspondencia que me facilitó don Domingo Cuevas; por el estilo de estas pocas que ahora voy a transcribir y anotar.

"Desde pocos días después (carta fechada en Polanco el 19 de agosto de 1893), es decir, en cuanto me dejaron sólo y con tranquilidad, me arrimé al trabajo de las cuartillas, y así continúo, amarrado a él, como burro a la noria, tira que tira sin cesar, y siempre faltándome más camino que el que dejo andado. Estoy de peñas hasta la coronilla; y por si eran pocas las que me había tragado, vino el Sordo por aquí, empeñóse en enseñarme el puerto de Sejos y el valle de Campóo, Proaño inclusive, y entre ir y volver, y verle a medias por causa de la niebla, aunque viendo otras cosas que no había visto y me han servido para rectificar muchos errores cometidos en el *itinerario* de mi personaje, se me fué cerca de una semana."

Vió a medias el puerto de Sejos, pero ¡qué hermosa y qué gráficamente le describió! A la mayor parte de los santanderinos y aun a muchos literatos de otras tierras, no será menester advertirles que el Sordo de que aquí se habla es el famoso y erudito cronista don Angel de los Ríos, el señor de la torre de Proaño (Provedaño en la novela), de quien se hace tan cumplido elogio en *Peñas arriba,* que es la obra que traía entonces entre manos Pereda y la que dejó largo tiempo interrumpida, muy poco después, el 2 de septiembre, aquella tremenda tribulación

con que se sirvió Dios nuestro Señor visitar al cristianísimo maestro.

Muy bien la llevó, por cierto; ejemplarmente; aunque le llegó al alma y le tuvo mucho meses como anonadado, que el golpe no era para menos. Al alma le llegaron también, ni podían dejar de llegarle siendo él tan puro y genuino español de pies a cabeza, los espantosos reveses que abatieron a la triste patria en 1898. Véase cómo se expresaba el 13 de julio, reciente aún la negra página de Santiago de Cuba:

"Estos inauditos desastres de la guerra me tienen atolondrado, y aun no sé a punto fijo si es preferible para mí devorar en silencio en estas soledades las bilis que se le desbordan a uno en los adentros, o desfogarse despotricando contra todo lo nacido entre las gentes." Agradece después, en su nombre y en el de su mujer e hijos, la invitación que Cuevas había hecho a éstos para que fueran a pasar con él la feria del Cristo en Comillas; le expone la razón que les impide aceptar el ofrecimiento; y continúa: "Otra vez será, si es que de ésta nos queda voluntad, humor ni vergüenza para presentarnos a la luz del sol. Dicen que viene el yankee. ¡Ojalá sea verdad, si se logra con ello hacer más patentes las vilezas de estas políticas que a tales extremos nos han conducido, y se lo lleva todo el demonio de una vez para siempre!"

Tales lamentos e imprecaciones brotaban de su pluma en Polanco. Pues vuelto luego a Santander, mientras se deslizaba lentamente aquel fúnebre estío, desahogaba su pecho, el 4 de septiembre, con estas enérgicas palabras:

"Esto es cocerse uno vivo; y con ello, y lo de la patria y el espectáculo de estos espectros que llegan a diario de Ultramar, yo no sé qué es de mí ni de los demás: vivo como una bestia, y no sé por dónde voy ni adónde volver los ojos: todo esto que pasa es la muerte y además la ignominia. No es posible caer más abajo ni en charca más hedionda; porque hasta creo que no llegamos a tres docenas los españoles que nos avergonzamos de ello."

La verdad es que, entendida como es razón que se entienda esta desaforada hipérbole, lo que acrecentaba el amargor y el bochorno y agravaba la pesadumbre en aquella ocasión, como

en otras bien críticas y dolorosas que de entonces acá han sobrevenido, era observar la pasividad y la indiferencia suicidas de que en trance tan apurado y de tanto empeño daba señales inequívocas una porción harto considerable de nuestro pueblo.

Del cariño entrañable que profesaba Pereda a sus amigos, podrá dar alguna idea le siguiente carta, de 17 de septiembre de 1900, que voy a trasladar casi íntegra:

"Querido Mingo: Tuve, en efecto, un cólico dolorosísimo, que sólo se calmaba con inyecciones de morfina. Me costó dos días de cama, dejóme descuajaringado, y *por mor* de la debilidad, no he podido salir de casa hasta hoy. Me estrenaré visitando al infeliz Camino, y te aseguro que esta visita me ha de costar escalofríos. No le he hecho otra desde que andaba por el mundo esperando la operación, que yo le pintaba como la cosa más corriente, hacedera y *regeneradora*. Entre lo que él esperará que yo le diga, creyéndose operado, y lo que sentiré en su presencia mientras desempeño el papel convenido ¡qué diferencia tan enorme! A mí se me había ocultado la verdad de lo ocurrido, por respeto a la situación en que me encontraba. Precisamente tu carta fué la que puso mis sospechas, pues me había infundido algunas lo poco y vago que respondían los médicos a mis preguntas sobre la operación, en una tirantez vibrante. Llegó Zorrilla a verme pocas horas después, acoséle a preguntas, y ya no pudo ocultarme la verdad. Lo terrible de ella, que te será bien conocido por el mismo Pepe, que está ahí, excluye todo comentario. Desde que estoy al tanto de las cosas, no puedo echar de la imaginación al infortunado amigo, de día y de noche, despierto y soñando. Que Dios le mantenga en su ceguedad de enfermo grave y sordo a las imprudencias de los oficiosos compasivos. Es el único bien que, de tejas abajo, se le puede desear con probabilidades de conseguirle. ¡Qué triste es esto!"

El desahuciado enfermo era Fernando Pérez de Camino, pintor de mérito, autor del hermoso lienzo "¡Jesús, y adentro!", que tenía Pereda en su despacho de Polanco y le fué regalado por sus admiradores santanderinos después de la publicación de *Sotileza,* y autor también de dos libros de amena literatura, muy bien escritos y llenos de castizo donaire, llamados *Mari-*

nucas y *El cabo Pérez.* Era hombre muy culto y de singular gracejo, y asiduo concurrente a la tertulia del Maestro. Falleció antes de cumplir los cincuenta años, en los primeros días de 1901. El médico Zorrilla, muy nombrado en Santander, contemporáneo y buen amigo de Pereda, quedó dibujado por éste, en cuatro trazos, en aquel tan animado y gracioso croquis que tiene por título *Un aprensivo,* en la colección de *Tipos trashumantes.* Por último, el Pepe a quien se alude en la carta, y que estaba a la sazón en Comillas, donde solía veranear, era mi primo el doctor Ortiz de la Torre, eminentísimo cirujano.

En tratándose de amistades de Pereda, acude luego el recuerdo de la muy firme que le unió con Galdós desde la primera vez que se vieron uno y otro, cierto día del verano de 1871, en el vestíbulo de una fonda de Santander. "Hablando, hablando—decía Pereda a *Clarín,* en carta particular que el famoso crítico asturiano reprodujo casi por entero en uno de sus folletos (1)—resultó que nos sabíamos mutuamente de memoria, y desde aquel punto quedó arraigada entre nosotros una amistad más que íntima, fraternal, que por mi parte considero indestructible, cuando lejos de entibiarse con las enormes diferencias políticas y religiosas que nos *dividen,* más la encienden y estrechan a medida que pasan los años." Galdós, tocando este mismo asunto, en el prólogo de *El sabor de la tierruca,* había escrito: "En la puerta de una fonda ví por primera vez al que de tal modo cautivaba mi espíritu en el orden de gustos literarios, y desde entonces nuestra amistad ha ido endureciéndose con los años y acrisolándose ¡cosa extraña! con las disputas." Comentando *Clarín* la carta de su noble amigo santanderino, sentenciaba lo siguiente: "Quiere explicarse Pereda cómo a pesar de las diferencias religiosas se quieren tanto él y Galdós; pues es porque la vida del espíritu es para las almas dignas de tan hermoso nombre, lo que era la milicia para Calderón de la Barca, una religión de hombres honrados." ¡Sí, sí! Pero por algo, en ocasión solemne, Galdós "invocaba exclusivamente" esta amistad, que no vacilaba en proponer como mo-

(1) "Benito Pérez Galdós". Estudio crítico biográfico. (Madrid, 1889).

delo a la gente del oficio", al exponer los títulos en cuya virtud había sido él designado para contestar a Pereda en su ingreso en la Academia Española, el 21 de febrero de 1897. Y por algo, del prólogo que puso Galdós a *El sabor de la tierruca* dijo, años antes, doña Emilia Pardo Bazán: "es un dechado de generosa fraternidad literaria, casi un acto de virtud en estos tiempos de *lucha por la existencia...*, o dígase en castellano, de personalismo y envidia sordomuda." Quizá, como yo sospecho, y no a humo de pajas, la razón principal de que esos lazos amistosos no se rompiesen ni aflojasen habría que buscarla en la hombría de bien y buena fe de Pereda, que eran grandes, en su corazón magnánimo y en su mucha caridad cristiana.

Decía también Pereda a *Clarín,* en la carta antes referida: "Nuestra correspondencia epistolar ha sido frecuentísima durante algunos inviernos, y muy rara la carta en que hemos tratado en serio cosa alguna." Se me figura que no hay que tomar muy al pie de la letra esta afirmación, por lo que confesó públicamente Galdós, que es como sigue: "Cuando presentaba yo, en mis novelas de los años 75 y 76, casos de conciencia que no eran de su agrado o desdecían de sus ideas, me reñía con sincero enojo, y a mí me agradaba que me riñese. Conservo como oro en paño, entre los papeles de nuestra larga correspondencia, sus acerbas críticas de algunas obras mías que no necesito nombrar; juicios de gran severidad que son la mejor prueba de la consistencia de sus doctrinas y del afecto que me profesaba." (1)

He visto copia de algunas de estas cartas, así como de otras posteriores relativas al estreno de *Electra.* Dos, en particular, muy substanciosas, de varios pliegos, en que se trata de *Gloria,* darían abundante materia para una no corta disertación. A la primera de ellas (9 de febrero de 1877) corresponde el siguiente párrafo:

"Nadie le negará a V. que entre los católicos hay mucho tibio, no pocos farsantes y bastantes inocentes; pero esto no tiene nada que ver con lo principal, que es el catolicismo; por

(1) Discurso de contestación leído en la recepción académica de Pereda.

tanto, no basta tomar de la mano a un judío en quien se reúnen todas las posibles perfecciones físicas y morales (raro ejemplar por cierto) y presentarle delante de un obispo medio simple, de un cura cerril y bárbaro, de un bribón *neo-católico,* de un sñor más testarudo que creyente y de una joven mal dirigida, en un rincón de una provincia, para dejar resuelto, en vista del contraste, que el catolicismo es un estorbo para todo lo bueno y que no hay infierno, ni purgatorio ni traba alguna para la razón humana, fuera de la moral de la razón misma."

De la segunda (13 de marzo del dicho año) tomó este razonado y elocuente trozo:

"No acepto la comparación que hace V. de mis *Hombres* con sus *Glorias.* Yo soy un vulgar *aficionado* que escribo de vez en cuando algo que desde que nace está condenado a morir bajo el polvo desdeñoso de los que leen cosas mejores. Nada hay de extraño en que no agraden mis partos a uno y otro bando, pues ningún título llevan para la estimación de uno siquiera de los dos; mas si fuera posible escribir, y escribir bien, sobre costumbres parlamentarias, sin mostrarse el autor ensañado contra tirios o contra troyanos, ¿por qué no habían de aceptar la obra los unos y los otros? La pasión de partido entre los hombres de buena fe, no llega al extremo de condenar todo lo que no es de los *nuestros* o no nos lisonjea; esa pasión puede muy bien aceptar en el enemigo la defensa y hasta el panegírico de su fe, con tal que no pase de ahí: lo que duele son las burlas o el escarnio. Y si tal sucede en la política, ¿qué no sucederá en lo religioso? Perder una ilusión en política, importa dos cominos; cuestión es ella de las arrojadas a las eternas disputas de los hombres, y hasta lícito dudar de todos los sistemas; pero arrancar de un alma la fe que alienta y conforta y se guarda como el mejor tesoro para que no la profanen ociosas disputas o la roben engañosos sofismas, es matarla, o lo que es lo mismo, dejarla sola y a oscuras en este espinoso *valle de lágrimas.* ¡Y aun dice V. que no le cuadran a *Gloria* las censuras que le mereció a V. el *fondo* de mis *Hombres de pró*! ¿De cuándo acá es más respetable la farsa inmoral de la cosa política que la conciencia católica de los buenos católicos? Y si de un *retrato* de *todos* los congresos y de *todas* las elecciones

hecho a la buena de Dios pueden tomar motivo los parlamentarios para atufarse con razón, ¿qué no podrán decir los católicos sinceros de una caricatura del catolicismo?"

Fuera de esto, no sólo estaban conformes, por lo común, Pereda y Galdós en sus juicios puramente literarios o artísticos, sino también en el modo de apreciar muchas menudencias o *impertinencias* de la vida social, y esto a causa de cierta semejanza que había en las condiciones de su carácter. "Ni Pereda ni Galdós—escribía *Clarín*— son capaces de pronunciar cuatro palabras en público; no por las palabras, sino por el público." ¡El miedo que le produjo a don José María saber que el cargo de "mantenedor" de los *Jochs Florals* de Barcelona con que le honraron los literatos de allá, le imponía la obligación de leer un discurso o "parlamento de gracias"!... Dejemos que nos lo cuente él mismo con su adorable franqueza. Véase en qué términos tan expresivos y tan *suyos* se lo manifestaba al notable novelista de Tarragona don José Pin y Soler, el 18 de diciembre de 1891:

"Pues mire V., y no lo tome a hipérbole, ese "parlamento de gracias" que a V. le parece cosa de poco más o menos, me pone a mí los pelos de punta, y me haría renunciar el cargo si no se tratara de lo que se trata, y no sintiera yo tanta veneración como siento por ello, y tanto cariño hacia las personas que lo fomentan y engrandecen más de cerca o más de lejos. Impusiéranme ustedes la obligación de escribir de aquí allá una noveleja a mi modo, y me pondría al telar en la confianza de que, bien o mal, la cosa saldría; ¡pero un discurso! ¡Si usted supiera lo que me espanta a mí la hechura de uno de esos adminículos, por mínimo que sea! En fin, si allá llegamos, ya verá V., por la muestra, que no le engaño ahora, y lo que es sudar hieles y hasta caerse redondo un hombre con canas, al leerla. Me parece que no puedo dar más elocuente testimonio que este de la estimación en que tengo el cargo con que ustedes me han honrado, y de la gratitud con que le acepto. Sin embargo, y en conciencia de hombre honrado, no debo ocultarle a V. que el programa que me traza contiene una parte muy tentadora para mí: la última, la *juerga* (¡horror de palabra!), la fiesta "de los amigos de veras, los de gustos y aficiones pare-

cidas", etc... Si a ese *Carpio* llego con vida, en él nos veremos sin chiribitas en los ojos, ni sarpullidos de angustias en la piel, con los nervios en reposo, las ideas en sus quicios... y el corazón en la mano."

Claro que "llegó con vida a aquel *Carpio*", y lo pasó muy bien; y fué agasajado por sus amigos catalanes, y él a su vez los obsequió con un banquete, a cuyo final leyó unas cuartillas llenas de gratitud y cordialidad. Pero... hase de tener en cuenta que el discurso de los Juegos Florales, muy discreto, sabroso y oportuno, que él había compuesto, fué vertido al catalán, y en catalán le leyó, no Pereda, cuya pronunciación y cuyo acento, de purísima cepa castellana, hubieran disonado en aquella lengua, y además carecía de paciencia, de dominio de sí mismo y de voz potente y clara para leer en público, sino le leyó en su nombre don Joaquín Cabot y Rovira.

Supo a gloria en Cataluña lo que acerca de la literatura catalana y el desdén de la crítica madrileña con los autores provincianos se alega briosamente, por boca de Juan Fernández, en el capítulo *Palique* de *Nubes de Estío;* y según todas las trazas, esta fué la ocasión que determinó el nombramiento de mantenedor de los Juegos Florales de 1892 a favor de Pereda. Mas no nacieron entonces, sino mucho tiempo antes, las buenas relaciones del gallardísimo prosista santanderino con los hombres más ilustres (o "destacados", como han dado en decir ahora) de las letras catalanas. Fuí yo testigo de ello, en mayo de 1884, durante unos días que pasó Pereda en Barcelona, donde a la sazón me preparaba yo para ingresar en la escuela de ingenieros industriales, empeño que abandoné al año siguiente por aversión invencible también al teorema de Sturm y a otros teoremas que, a mi parecer, no le iban a la zaga en punto a "desabrimiento". Y por cierto que ya entonces sentía Pereda de la literatura catalana y de la ignorancia de ella por parte de los escritores y periodistas *madrileños,* exactamente como cuando escribió *Nubes de Estío.* Casi con las mismas palabras que en el capítulo *Palique,* se expresaba ya el 26 de febrero de 1884 (o sea cuaro años antes de la aparición de *La Montálvez;* por donde se entenderá cuánto erraron los que creyeron que allí respiraba por la herida de las censuras lanzadas contra

ésta), en carta dirigida a su gran amigo el afamado novelista Narciso Oller.

"Y ríase V.—le dice—de *sabios* de Madrid, como ese señor Cortón que me cita... Y ¿quién es Cortón? ¿quién le conoce a él? Un tal Tuero me dijo a mí, tres años hace, que me conformaría con ser el mejor escritor de mi pueblo. El hielo de los desdeñosos *madrileños,* que valen, y la estupidez de los Cortones que tanto abundan en aquella prensa, hay que romperle a puñetazos; y créame V., se rompe cuando hay puños como los que han sostenido la pluma que escribió *La Papallona* y las *Notas de color;* porque el artista no deja de serlo por ser catalán, ni aun por escribir en vizcaíno, como decía Cervantes, y el arte, el verdadero arte, se abre paso en todas partes, y se impone a los charlatanes. Por de pronto, consuélese V. con saber que *La Atlántida,* traducida a todas las lenguas cultas de Europa, apenas es conocida *de nombre* en Madrid. Cierto que la lengua en que ustedes escriben es un gran mal para que la literatura de esa región se aclimate en Castilla tan pronto como debiera; pero ya que el vulgo la rechace porque no tiene obligación de saber lo que no aprendió en la escuela, ¿con qué disculpa la ignoran los literatos y los que presumen de serlo? No acabaría si continuara hablando de estas miseriucas de la gente *de allá...*"

Acaso no huelgue añadir que el regionalismo de Pereda, bien explicado en su discurso de los Juegos Florales y en el de su entrada en la Academia, fué siempre tan de buena ley, tan puro y tan sensato, como lo era el del portentoso don Marcelino, y como lo sigue siendo el de los montañeses y aun el que alienta en muy gran parte del resto de España. Su pensamiento total queda como resumido en estas líneas suyas, escritas el 15 de julio de 1899, en contestación a cierta culta lectora y admiradora de Sitges:

"Tengo en mucho la lengua catalana, y en mucho más su literatura; pero me conduelo muy a menudo de que los literatos catalanes, nacidos para volar muy alto, tengan que resignarse a *cantar* en los reducidos términos de su jaula o a salir de ella en malas traducciones, que vale tanto como condenarse a ser desconocidos en el resto del mundo. Tome V. (que con tan agra-

dable desembarazo se expresa en castellano) de esta indicación lo que crea de su pertenencia, y note de paso que continúo siendo, con respecto al catalán, tan *Juan Fernández* como fuí en *Nubes de Estío;* y en *lo otro,* en lo delicado y quebradizo del *caso* que V. aclara con suma complacencia mía, pareciéndome siempre poco cuanto se haga y se diga en provecho y gloria del terruño natal, y demasiado, hasta la tentación, no más, de mirar con malos ojos a la *patria grande.*"

Así es la verdad, y fiel a esta norma vivió su vida entera: español neto, español hasta la médula de los huesos, y al mismo tiempo, montañés ardiente, ejemplar, incomparable. Y porque de su acendrado amor a la "patria grande" he traído ya antes alguna significativa muestra, pondré ahora siquiera una palabras indicadoras de su vivo anhelo por cuanto redundase "en provecho y gloria del terruño natal".

"El éxito alcanzado en Jovellanos por *La Romería de Miera,* me llena de regocijo en el triple concepto de amigo, de conterráneo y de *colaborador* de los autores en la honrada empresa de enaltecer con los prestigios del arte a la *tierruca madre,* hasta verla, si fuera posible, en los mismos cuernos de la luna. Con esto excuso decir a V. hasta qué punto me creo honrado con la dedicatoria inmerecida de tal obra. Hagáselo presente a los señores Sierra y Pozas de mi parte, con un buen apretón de manos y la más cordial enhorabuena." (Carta a don Francisco Mazón, fechada el 31 de marzo de 1890.)

Me cuesta dar fin a esta para mí entretenida labor de ir ensartando trozos y más trozos de la correspondencia particular de Pereda; y no renuncio al gusto de agregar todavía unos pocos más a los que ya he recogido. Por ejemplo, estos dos párrafos de una carta que mandó a Salvador Rueda el 13 de abril de 1890:

"El arte tiene medios de sobra para presentar lo que en letras de molde no puede venderse sin receta, en dosis que no envenenen, ni repugnen, ni siquiera manchen. Lo que no acepto, lo que condeno con toda mi alma es que sobre un caso de esos de *higiene,* de histerismo sucio, se escriba un libro entero con pretensiones de obra de arte, y se aguce el ingenio y se despilfarren las horas, revolviendo lacerias de la vida humana, que

tienen su tratamiento natural y lógico en los libros científicos y en las casas de salud... y hasta en la Galera de Alcalá.

"Cuento con que no sospechará V. de la sinceridad de mis elogios de hoy, porque de ella responde la dureza con que le traté en una ocasión que ni V. ni yo hemos olvidado: V. por lo que le dolió la paliza; yo, por la pena de dársela, aunque forzado por la exigencia de que no le ocultara mi sentir. Declaréselo sin ambajes, porque no sé hablar de otra manera. Así, o callando la boca. No lo puedo remediar."

Era la sinceridad en persona: ¿a quién se le había de ocurrir sospechar de ella? Por tenerla bien conocida, le suplicaban con insistencia no pocos literatos que les declarase sin empacho lo que pensaba de las obras que le remitían. Cautivaban a muchos, como me cautivan a mí, y creo que a infinidad de lectores, su espontáneo desenfado, jamás grosero, su agradable y señoril llaneza y aquella noble ingenuidad que, aunque contenida en los límites de lo urbano, se acompañaba, a lo mejor, con alguna oportuna alusión, intencionada y certera. Así, contestando el 26 de marzo de 1896 al literato artillero y espiritista don José Navarrete, y disculpándose de su tardanza en hacerlo, le dice: "En fin, amigo mío, que así se fué pasando la *oportunidad* de escribirle a V.; envejeciéndose y arraigando más cada día en mi memoria el recuerdo de un deber no cumplido, y en mis propósitos el empecatado *mañana* de todo buen español,*espiritistas* inclusive... hasta que caí en la cuenta de que sería mejor "dejarlo para un poco más adelante", para cuando pudiera yo acompañar a la carta una ofrenda propiciatoria cuyos materiales andaban a la sazón en las prensas de Tello". Y después de aplaudirle y ponderarle lo que hallaba de bueno en sus libros, y de manifestarle que no tendrían tacha para él "sin ese inconcebible e inexplicable fanatismo de sectario que le hace cometer a cada paso las mayores injusticias y caer en los absurdos más lamentables"; de lo que es buena muestra "*María de los Angeles,* donde el novelista galano y de bríos excepcionales, se ve a cada momento obligado por la fuerza de su manía, a mutilar la belleza de su propia labor, y aun a terminarla con una blasfemia"; le asegura que es "mejor, mucho mejor de lo que a ratos aparenta allí, cuando *nos* confunde y

vapulea sin asomo de equidad ni de justicia, ni siquiera de conocimiento de causa; pues, a juzgar por las muestras, ni en Rota, ni en el resto del mundo, ni en la Historia, ha tenido V. la fortuna de tropezar con un católico honrado y decente, y eso que *abundamos,* aunque lo tome a inmodestia."

De parecido estilo es lo que le insinúa a Galdós (29 de marzo de 1879), hablándole de *La familia de León Roch,* harto, sin duda, de aquel abuso de presentarnos un ingeniero sabio y virtuoso en pugna con católicos gazmoños, hipócritas o zafios. "Sin política—le dice—hasta se medra; sin fe en algo mejor que este presidio sublunar, confieso que no concibo la paz ni la vergüenza. Así piensan en España millones de ciudadanos que en nada se parecen a la familia Tellería, y un sinnúmero de *espíritus fuertes* que gritan y vociferan contra la *vieja fe,* acaso porque les prueben lo contrario, quizá por entretener y alimentar la voracidad de sus dudas, pero nadie, incluso V., y perdone la franqueza, por arraigado convencimiento de que la virtud está vinculada acá abajo en la escuela de ingenieros y en los dramas de Echegaray, sin idea de justicia más alta e incorruptible que la falaz justicia humana."

Como apuntó muy bien mi inolvidable amigo el muy inteligente crítico santanderino José María Quintanilla, que conocía como pocos a Pereda, apreciaba éste mucho y muy de verdad a doña Emilia Pardo Bazán, y le causó muy profundo disgusto "tener que *reñir* con ella", días después de la publicación de *Nubes de Estío,* a consecuencia del poco meditado e impertinente artículo *Los resquemores de Pereda,* que la ilustre gallega escribió en *El Imparcial* el 9 de febrero de 1891. Comprueba, por un lado, esa alta estimación, y por otro viene a propósito también de lo que iba yo diciendo respecto a la ingenuidad y aun a las "alusiones intencionadas" de Pereda, la carta que, como acuse de recibo de *Una Cristiana,* dirigió a doña Emilia el 25 de septiembre de 1890, cuya parte substancial es como sigue:

"Leídos los dos tomos y bien digerida la lectura, en mi pobre entender esta novela es la mejor que V. ha escrito, después de *Los Pazos de Ulloa,* que es la mejor que V. ha hecho y de lo mejor que se ha hecho en España en su género, muchos

años ha; y si no la pongo a su igual es porque en la última hay ciertos alardes de naturalismo *de mal gusto* (perdone mi franqueza, porque no sé mentir ni con las damas) y de neoïogismos *flamencos* con los cuales no puedo transigir, y mucho menos tratándose de un novelista de los alientos de V. y que tan rico caudal posee de lengua castiza y *honrada*. Fuera de esto, la novela me parece *de primera* por su hechura y digna en todo y por todo de las facultades creadoras de V., cuando se deja llevar de ellas naturalmente más que de su ardiente amor a los cánones de determinada escuela.

"Sentiría en el alma que estas mis salvedades la mortificaran a V. lo más mínimo, pero peor fuera para V. que las sintiera y me las callara, como hacen muchos que no la admiran ni la quieren tan de veras como yo, aunque alardeen de lo contrario."

De intento he dejado para el final una carta que como característica y reflectora del temperamento y de las aprensiones que le comían vivo a Pereda, particularmente en determinadas circunstancias, vale un tesoro. Acababa de venir al mundo *Sotileza,* y en Santander la estaba leyendo, aplaudiendo y aclamando la gente con sin igual entusiasmo; mas iban pasando días (pocos para cualquier mortal, pero interminables para las impaciencias de Pereda), y en Madrid no respiraba nadie, o casi nadie, ni siquiera Manuel Marañón, el ilustre jurisconsulto montañés, que se desvivía por servir al maestro; y lo que es peor, no acababan de llegarle a éste dos líneas con la impresión que el libro había causado a su gran amigo del alma Menéndez y Pelayo. Hay que advertir que el insuperable crítico ya conocía la obra, o por lo menos su enjundia, sus lances y su desarrollo, porque, como se recordará, el elogio que tributó a *La Puchera* comienza de este modo: "Por primera vez he leído un libro de Pereda al mismo tiempo que el público, y sin estar iniciado previamente en el secreto del autor." No sólo conocía la obra, sino que esperaba muchísimo de ella, tanto que con palabras proféticas había anunciado que "la obra maestra de Pereda, y el monumento que mejor vinculará su nombre a las generaciones futuras, ha de ser su proyectada novela de pescadores: *Sotileza.*"Pero... por esto mismo, por

este mismo anuncio..., pensaría Pereda. Lo cierto es que no pudo más, y el 2 de marzo de 1885 cogió la pluma, y escribió lo que va a verse:

"Querido Marcelino: Desde que se puso a la venta en Madrid *Sotileza,* parece que se han conjurado amigos y periódicos para aterrarme con el más absoluto silencio. El mismo Marañón, tan activo y minucioso de ordinario, se calla como un muerto. Un artículo encomiástico del *Imparcial* y una carta lacónica de Suárez, son los únicos testimonios que tengo de que hay una persona en Madrid a quien no ha desagradado la novela, y que la venta ha sido muy buena en estos primeros días. Aquí ha caído el libro como del cielo: jamás he visto en este pueblo, ni en otro alguno, aplauso más ruidoso, ni más entusiástico ni más general. Parece que les he dado a todos en mitad del corazón, o que he sacado de él hasta el último detalle del libro. Mirado el asunto por este lado, supera con mucho todas mis ambiciones; *pero* (no quiero ocultártelo) el silencio que guardas conmigo; la falta de dos renglones tuyos en que me digas claramente tu parecer, me hace tomar este entusiasmo, verdaderamente inusitado, con menos calor del que el suceso pide.

"*Por tanto*: si has leído el libro, hazme el favor de exponerme en dos sencillas palabras la impresión que te ha dejado. Si ésta fuera buena, me importaría dos cominos la opinión de esas gentes de *secano.* Pero de lo que tú no puedes formarte una idea es del grado que alcanzaría aquí la verdadera pasión que se siente por el libro, si ahora, en caliente, la fomentaras con un artículo en un periódico de ahí, como *La Epoca.*

"En fin, haz lo que quieras; pero escríbeme dos renglones, y dime en ellos tu parecer tal y como le hayas formado.

"Y por eso sólo te pone estos garabatos, tu apasionado amigo *J. M. de Pereda.*"

Don Marcelino se apresuró a contestarle y tranquilizarle, y le prometió además un artículo entusiástico, que es el que publicó en *La Epoca* aquel mismo mes y el que todos hemos saboreado con deleite, puesto que le reprodujo como *Postdata* al prólogo que precede a las "Obras completas" de Pereda,

al hacerse en 1889 la segunda edición del tomo primero de ellas. Se disipó el nublado, recobró el bienestar, y paladeó largo tiempo las mieles del triunfo colosal que alcanzó *Sotileza.* Pero jamás se curó de su manía: la desconfianza en las propias fuerzas y el temor de dar una caída de las que inutilizan para siempre le acompañaron hasta el sepulcro. Una mañana del mes de diciembre de 1894 fuí yo a verle a su casa, para cumplir cierto encargo que me hacían de Madrid. En cuanto hablamos él y yo lo que venía al caso sobre el asunto que allí me llevaba, me dijo:

—Ya acabé eso.

—¿*Peñas Arriba,* eh?,—le contesté para significarle que le había entendido.

—Sí, me respondió. Y con "aquel tono admirablemente sombrío" que notó Galdós, aunque Galdós lo aplicaba a otro propósito, y no, como yo ahora, al metal de su voz y a la expresión que adquiría su fisonomía cuando andaba luchando con una preocupación, añadió luego:

—No sé: me temo que va a caer como en un pozo.

¡Como en un pozo! ¡Buen pozo te dé Dios!, decía yo entre mí, un mes después, así que hube devorado la magistral novela, y cuando observé que todo el mundo echaba las campanas a vuelo, y se consumía rapidísimamente la muy copiosa edición primera.

Eduardo de Huidobro.